

CAPITULO LXXI.

Declarase nulo el matrimonio de D. Jaime con D.^a Leonor de Castilla. — Contrae el rey de Aragon segundas nupcias. — Resolucion formada por D. Jaime, en el Puig de la Cebolla. — Heroicos hechos en el cerco de Valencia. — Rendicion de esta importantísima ciudad.

Poquísimas luz prestan las historias de aquellos tiempos, acercá de las causas que motivaron el divorcio entre D. Jaime y su esposa D.^a Leonor, dejando traslucir sin embargo, que fue por desavenencias, que graves serian sin duda, cuando á tal extremo le condujeron.

El cardenal de Santa Sabina, como legado del Papa, intervino en este asunto, y declarado nulo el matrimonio á consecuencia del parentesco que mediaba entre ambos cónyuges, en 1229, quedó el príncipe D. Alfonso, de quien ya hemos hablado, reconocido y jurado como heredero y sucesor del reino, y su madre en virtud del arreglo hecho por el aragonés y el monarca de Castilla en la entrevista que celebraron en el monasterio de Huerta, se quedó con las villas y lugares que ya tenía y con la de Ariza, que con todos sus términos, la cedió D. Jaime.

En el año de 1235, despues de las conquistas que hemos referido en el capítulo anterior, celebráronse en Barcelona las bodas del rey de Aragon con D.^a Violante, hija del rey de Hungría, Andrés II, cuyo casamiento habia sido arreglado por el pontífice Gregorio IX.

Pero ni los encantos de la nueva esposa, ni las fiestas con que habia sido solemnizado su enlace, fueron suficientes para hacer á D. Jaime que olvidase un momento su idea respecto á la conquista de Valencia.

A dos leguas de esta ciudad habia un sitio llamado Enesa por los infieles, que era de gran importancia y en el cual habian obrado un fortísimo castillo.

D. Jaime preparóse para apoderarse de él, y al tener de ello noticia el rey Ben-Zeyan, y conociendo que el aragonés era capaz de realizar lo que se proponia, mandó arrasarlo, á fin de que no pudiera servirle de abrigo.

Mas de nada le sirvió semejante orden. Llegado que fue D. Jaime á aquel sitio, hizo construir en el breve espacio de dos meses otro fuerte, el cual puso bajo la custodia de su tío D. Bernardo Guillen de Entenza.

Dejó con él á varios de sus mas valerosos caballeros y soldados y marchóse á recorrer las poblaciones ganadas anteriormente.

Al saber el monarca valenciano que el rey de Aragon se habia ausentado, púsose ante el lugar á que habian llamado los cristianos el Puig de la Cebolla, con cuarenta mil infantes y seiscientos caballos, creyendo que esta gran muchedumbre conseguiria fácilmente derrotar al puñado de valientes que le defendian.

Pero de tal manera combatieron los cristianos, tales prodigios de valor hicieron, que los musulmanes pusieron en precipitada fuga, dejando sembrados de cadáveres los lugares en que poco antes mostrábase tan orgullosos y confiados.

La nueva de tamaña victoria, fue bien pronto seguida de otra, que alligó extraordinariamente á D. Jaime.

Pocos meses despues falleció D. Bernardo Guillen de Entenza, obligando este acontecimiento al rey á dirigirse precipitadamente al Puig, tanto á alentar á sus soldados, cuanto á prometerles prontos y numerosos auxilios, que él mismo les llevaria.

Si alegres quedaron aquellos esforzados caballeros al ver al monarca entre ellos, profundamente disgustados y abatidos pusieron desde el momento en que supieron iba á dejarles.

Y no se hicieron cargo de que el monarca debia marchar á Aragon por el mismo bien de ellos, puesto que de allí habian de venir los refuerzos que necesitaban, llegando al extremo de concertarse para abandonar el fuerte, al dia siguiente que el rey se hubiese marchado.

Profundo disgusto recibió el monarca al saber lo que se trataba, de boca de Fr. Pedro de Lérida, que creyó muy conveniente revelar lo proyectado, diciendo el mismo D. Jaime en su historia, «que pasó toda la noche, á pesar de estar en el mes de enero, volviéndose de un lado á otro de la cama, sudando como si estuviera en un baño,» pensando en el medio mas acertado para dominar aquella crítica situacion.

A la mañana siguiente, congregó en la iglesia á todos los barones y caballeros, y les dijo con aquel acento tan resuelto y tan firme, por el cual les imponia y les dominaba, que habiéndose reunido para servir á Dios y á él, habia sabido lo que proyectaban, y que en consecuencia todos iban á hacer voto en aquel momento de no pasar Teruel ni el rio de Tortosa hasta que Valencia cayera en su poder, añadiendo, que para convencerles mejor de la firme resolucion que habia tomado, y de que estaba decidido á quedarse allí, iba á dar órdenes para que fuera á reunirse con él su esposa y su hija.

Fácilmente puede comprenderse que semejante manifestacion habia de producir un efecto extraordinario en todos aquellos caballeros que se mostraron dispuestos á sostenerse hasta el último trance.

Cuando Ben-Zeyan tuvo conocimiento de ello, concibió serios temores, y procuró por medio de espléndidas ofertas hacer que el monarca aragonés desistiera de su propósito.

Pero todo fue inútil, y resuelto y confiando en Dios y en su esfuerzo, con aquel puñado de hombres, pues segun las crónicas solamente contaba con unos setenta caballeros de la Orden del Hos-

pital, del Templo, Alcañiz y Calatrava, ciento cuarenta de su mesnada particular, ciento cincuenta almogávares, y unos mil infantes, fué á poner cerco á la ciudad.

Semejante rasgo de audacia y de valor amedrentó á los musulmanes, y de varias poblaciones acudieron representantes á ofrecerle sumision y obediencia.

Ben-Zeyan tomó todas las providencias necesarias para resistir al valeroso aragonés, mas por desgracia suya todas fueron ineficaces para preservarse de la suerte que le aguardaba.

El puñado de cristianos, pues no de otro modo podemos calificarle, franqueó un dia el Guadalaviar, y los valencianos, llenos de asombro y de terror al mismo tiempo, les vieron plantar sus reales ante sus muros interceptándoles las comunicaciones con el Grao.

Bien pronto, y acudiendo al llamamiento de su señor, Cataluña y Aragon enviaron sus huestes; los caballeros catalanes y aragoneses fueron al frente de sus mesnadas, y el arzobispo de Narbona presentóse en el campo con mas de mil peones.

Prelados y ricos-hombres, soldados y esforzados barones, llenos de generosa emulacion, portábase bizarramente en los combates, obligando por fin á los infieles á no abandonar sus muros para no exponerse á quedar derrotados.

Entonces comenzó el ataque de las fortalezas que defendian la ciudad.

Armáronse las máquinas de batir, á la par casi, que los cristianos se apoderaban de Cilla, poblacion inmediata, y en los muros abrianse anchos boquetes bajo el pico de los valerosos cristianos.

El rey de Tunes envió una escuadra en auxilio de los sitiados, pero la hábil colocacion del ejército de D. Jaime impidió á los tunecinos, desembarcar, y á los valencianos, que salieran á protegerles.

La escuadra de Tunes se vió obligada á marchar á Peñíscola, donde fue castigada tan duramente, que se alejó para no volver á presentarse mas.

De tal modo combatian los soldados cristianos y tal emulacion habia entre ellos, que el mismo rey muchas veces se veia en graves riesgos para hacerles que se retirasen.

Un dia, cuenta el mismo en su historia, que regresaba con su gente hácia el campo, cuando al volver el rostro para mirar las numerosas fuerzas enemigas que habian salido de la ciudad, una saeta atravesó el casco de suela que llevaba y fué á herirle en la cabeza cerca de la frente. «No fue la voluntad de Dios — dice el mismo monarca, — que nos pasase de parte á parte, pero se nos clavó mas de la mitad, de modo que en el arrebatado de cólera que nos causó la herida, con nuestra propia mano dimos al arma tal tiron que la quebramos. Chorreábanos por el rostro la sangre, que tuvimos que enjugar con un pedazo de cendal que llevábam; y con todo íbamos riendo para que no desmayase el ejército «y así nos entramos en nuestra tienda (1).»

Pero ni heridas ni sufrimientos fueron capaces de hacer desistir al monarca de su empresa, ni á entibiar el ardor de sus soldados.

Pocos dias despues se apoderaron de una torre que estaba en el sitio en que hoy se halla la calle de San Vicente, con lo cual vióse ya la ciudad en grave aprieto.

Comprendieron así los infieles y redoblaron sus medios de defensa.

Terrible fue entonces la situacion de los cristianos.

Los moros se defendian valerosamente de la torre que aquellos atacaban, mientras que nuevas fuerzas que habian acudido de la ciudad los tenian cercados.

Felizmente D. Jaime tuvo conocimiento, de lo que sin su permiso, habian hecho aquellos caballeros.

Conoció lo crítico de su situacion é inmediatamente acudió en su auxilio con toda la ballestería de que podia disponer.

El combate entonces tomó las mayores proporciones.

Reprendió el monarca á los imprudentes caballeros, mas como habia llegado la ocasion de pelear como bravos, unos y otros lo hicieron de tal modo, que presto no quedó á los infieles que defendian las torres otro recurso, que rendirse.

Pero no aceptaron este recurso y prefirieron morir abrázados en la torre á la cual prendian fuego los cristianos, á entregarse á ellos.

Ben-Zeyan conoció lo importante que era para sus enemigos aquel triunfo.

Temió ya el resultado de semejante porfía y procuró ponerse de acuerdo con el monarca aragonés para entregarle la ciudad.

Las negociaciones lleváronse al principio con gran sigilo hasta que estuvieron completamente de acuerdo los dos monarcas, sabiéndolo en el campo cristiano la reina solamente, en cuya presencia queria el rey que se tratara todo, y acordes ya en que se dejase salir de la ciudad á todos los habitantes con sus efectos sin que se les registrase ni fueran objeto de ninguna villanía por parte de los soldados, el dia 28 de setiembre de 1238 el rey de Aragon y su esposa, acompañados de los arzobispos de Tarragona y Narbona, de los obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa y Vich, y de los caballeros de su reino, hizo su entrada en la codiciada ciudad.

(1) Historia de D. Jaime, cap. 181.



ENTRADA DE D. JAIME EL CONQUISTADOR EN JÁTIVA

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 25.

CAPITULO LXXII.

Antipolítica resolución adoptada por D. Jaime respecto á la sucesion de sus reinos. — Resultados que tuvo. — Cortes generales de Huesca para reformar y corregir los antiguos códigos. — Conquista de Játiva. — Acuerdo tomado por el jurado que se nombró para decidir la sucesion del reino.

Todo cuanto de valeroso y diestro tuvo D. Jaime, como *conquistador*, desgraciadamente le faltó en la cuestion política para asegurar la paz de sus estados.

Mas por obligacion que por afecto, atendia á su primogénito el príncipe D. Alfonso, poseyendo en cambio su cariño los hijos de su segunda esposa D.^a Violante.

Para estos ansiaba aumentar sus estados, solamente pensaba en ellos, y dolíase de que el trono hubiera de ser para aquel, mientras que los hijos de su segunda esposa solamente podian ser sus vasallos.

Bajo la influencia de esta idea torturadora, en las Cortes que celebró en Daroca, inició el pensamiento de dividir el reino, dejando á D. Alfonso, el de Aragon, y Cataluña, á D. Pedro, el primer hijo habido de su segundo enlace.

Antes de esta declaracion, que tuvo lugar en el año de 1213, y despues de la conquista de Valencia, fué el monarca á Montpellier, donde se habian promovido varios desórdenes que solamente su presencia pudo apaciguar, y de vuelta á sus estados vióse obligado á dirigirse á Valencia, donde las exacciones y tropelías de los cristianos, que sin respetar la tregua ajustada vejaban y recorrían los terrenos musulmanes, habian exacerbado haciéndoles que se pusieran en armas para rechazar con la fuerza las agresiones de que era objeto.

Su presencia calmó la efervescencia que reinaba y le proporcionó la adquisicion de nuevos castillos, pero aprovechándose de que el alcaide de Játiva, Abul-Huscain-Yahia se habia apoderado de algunos caballeros cristianos que recorrían su territorio, reunió su hueste y fué á poner cerco á la importante poblacion.

Pero Játiva se hallaba perfectamente defendida y su guarnicion decidida como el alcaide á defenderse hasta el último momento, así fue que D. Jaime solo pudo obtener despues de un portiado cerco, que le entregara Abul-Huscain una fortaleza de su territorio que se llamaba Castellon, la devolucion de los caballeros cautivos y una especie de pleito-homenaje prestado por cien caballeros moros.

Despues tuvieron lugar las Cortes de Daroca, de que ya hemos hecho mérito, y al año siguiente ó sea el de 1214, en las celebradas en Barcelona, demarcó los límites que para la particion proyectada habian de tener Aragon y Cataluña.

Esta demarcacion perjudicaba á los aragoneses, por lo cual comenzaron á mostrar su disgusto abiertamente, separándose de su lado su hijo D. Alfonso, de parte del cual se pusieron su tío el infante D. Fernando, D. Pedro de Portugal, el señor de Albarra-cin y otros nobles y poderosos caballeros tanto de Aragon como de Valencia.

Para hacer mas comprometida la situacion de D. Jaime, el infante D. Alfonso de Castilla, hijo del rey D. Fernando III acababa de arrebatar á los infieles todo el reino de Murcia, que puesto sobre las fronteras, podia darle nuevos disgustos por la demarcacion de límites, en las conquistas que cada uno iba haciendo.

Para obviar las dificultades que de esto podian surgir, arreglóse el matrimonio del príncipe D. Alfonso con D.^a Violante, la hija mayor de D. Jaime, realizándose el consorcio en 1216.

Segunda vez trató de apoderarse de Játiva, objeto entonces de sus deseos, como antes lo habia sido Valencia, pero tambien tuvo que desistir de su propósito por la obstinada resistencia de sus defensores.

En el año de 1217 convocó Cortes generales en Huesca, procediéndose en ellas á la revision y correccion de los antiguos fueros y leyes del reino, que tambien D. Jaime, y con mucha honra, ocupóse de la legislacion de su pais.

Con el acuerdo y consejo de sus prelados y ricos-hombres quedó refundida toda la anterior legislacion en un código que en adelante debia ser por el que habian de juzgarse todas las causas, añadiéndose en el acuerdo, que para las cosas que no estuviesen previstas en él, se siguiera la equidad y el criterio natural.

Pero ni las atenciones de la guerra, ni el buen gobierno interior de sus estados, ni las dificultades que con Castilla pudieran sobrevenir á consecuencia de las conquistas cada vez mas crecientes de aquel monarca y de su hijo, podian apartar á D. Jaime de su funesta resolucion.

Habia ganado el reino extraordinariamente en unidad legislativa y en territorios, y se veia expuesto á perder todo esto por la falta de unidad política, por la malhadada division proyectada en sus estados.

Todo su afán era el de mejorar á los hijos de su segunda esposa. Comprendemos muy natural aquel deseo, puesto que eran hijos tambien, mas no podemos explicarnos qué causa podia haber para la enemiga que tenia á D. Alfonso, y que le llevaba á perjudicarle con tanto encarnizamiento.

De nuevo volvió á designarle como heredero del trono de Aragon, pero dejando á D. Pedro Cataluña y las Baleares, á su otro hijo D. Jaime todo el reino de Valencia, á D. Fernando los condados del Rosellon, Conflent y Cerdaña con el señorío de Montpellier, y D. Sancho, que se dedicó á la Iglesia fue arcidiacono de Belchite, mas tarde abad de Valladolid, y finalmente arzobispo de Toledo.

En enero de 1218 publicóse esta disposicion en Valencia y fue acogida, como era de esperar, con un desagrado extraordinario, prestando mayor incremento á las alteraciones que ya existian, obligando al infante D. Alfonso y á sus partidarios á ponerse en armas, amparándose del rey de Castilla y levantando gentes para promover la guerra.

Falto de tacto en aquella ocasion D. Jaime, y mas cegado por el paterno amor que por la razon política, amenazaba á Aragon con la misma suerte que habian legado á sus reinos de Leon y Navarra otros monarcas.

El castellano, dispuesto á ayudar á su pariente el infante D. Alfonso, comenzó por crear dificultades á D. Jaime, y cuando este por tercera vez fué á poner sitio á Játiva encontróse con que aquel estaba en tratos con el alcaide, á pesar de que segun las estipulaciones anteriores, la indicada plaza pertenecia al aragonés.

La villa de Enguera, que pertenecia al señorío de Játiva se habia entregado ya á D. Alfonso de Castilla, quien puso en ella su guarnicion correspondiente, y este hecho y la conviccion que adquirió de lo que respecto á Játiva se tramaba, irritóronle de tal modo que el rompimiento entre suegro y yerno consideróse ya como inmediato.

Felizmente, tanto los consejos de la reina como los de sus caballeros influyeron notablemente para que celebraran una entrevista con D. Alfonso en los campos de Almizra, en la cual el castellano le exigió la entrega de Játiva, apoyándose en que se la habia ofrecido, al casarse con su hija.

Negó D. Jaime tal aserto y separáronse profundamente disgustados castellanos y aragoneses.

Ya parecia resuelto dejar la decision de este negocio á las armas, cuando la reina D.^a Violante, llorando, le suplicó que viera de arreglar amistosamente aquellas diferencias antes de recurrir á tan deplorable extremo.

Y tales fueron sus ruegos y tanto interés tomó, que tornaron á abrirse las conferencias, dando por resultado que el castellano renunció por fin á sus proyectos respecto á Játiva, que se partiese la tierra segun los pactos anteriores y que mutuamente se devolvieran las plazas de que se apoderara.

Con esto separáronse con la mejor armonia, y D. Jaime pudo dedicarse con mas tranquilidad á la conquista de aquella plaza, objeto ya de tantos disgustos.

Mas de un año pasóse antes de que el monarca aragonés consiguiera poner su planta en el interior y el estandarte de la Cruz sobre sus muros.

Por fin, mediante la proposicion hecha por el valeroso alcaide Abul-Huscain de entregar la villa y el castillo menor, reservándose él el mas importante por término de dos años, y aceptada por el conquistador, consiguió ganarla aunque no por completo en 1217.

Mientras tanto continuaban las disensiones con motivo de la division de estados entre sus hijos, y con objeto de terminarlas, convocó Cortes en Alcañiz en febrero de 1230, en las cuales dijo el monarca aragonés que se nombrase un jurado de dos individuos elegidos por los mismos magnates congregados, para que decidieran, prometiendo conformarse con su fallo.

El infante hizo tambien el mismo juramento desde Sevilla, donde se hallaba á la sazón, y los jueces se retiraron á la fuerte villa de Ariza para acordar lo mas prudente.

Tanto el rey como la reina trabajaron cuanto les fue posible para que el dictámen del tribunal fuese favorable á sus hijos, y efectivamente, el jurado falló que D. Alfonso se volviera á la obediencia de su padre y que heredase los reinos de Aragon y Valencia, reservando el principado de Cataluña para D. Pedro, que como hemos dicho ya, era el hijo mayor de D.^a Violante.

Con esta decision D. Jaime apresuróse á llevar á su hijo á Cataluña para que fuese reconocido y jurado, y como hubiese fallecido á la sazón su otro hijo D. Fernando, no solamente dió á D. Pedro el principado de Cataluña, si que tambien el Rosellon, Conflent, Cerdaña y el condado de Ribagoza.

Despues á su hijo D. Jaime le dió el señorío de las Baleares y Montpellier, haciéndole donacion del reino de Valencia, llevando, como dice muy oportunamente un historiador, á tal extremo, «no «ya solo el desamor, sino la enemiga al primogénito D. Alfonso (1).»

De vuelta el monarca á Valencia, en virtud de las excitaciones de dos moros de Biar, que se le presentaron ofreciéndole la posesion de aquel castillo, que precisamente era el mas fuerte que habia en la frontera, dirigióse nuevamente á Játiva.

Mas todo habia sido una añagaza de los infieles y los de Biar rechazaron á los cristianos.

Pero como estos habianse propuesto tomarle fuese de uno ú otro modo, apretáronles de tal suerte que á pesar de la enérgica resistencia, cinco meses despues estaba en poder de D. Jaime.

Con esto, todas las demás villas y castillos que existian desde el Jucar hasta Murcia, fueron entregándosele, quedando dueño de todo el reino.

(1) La fuente, *Historia general de España*, pág. 11, lib. III.



EL REY DE CASTILLA RECIBIENDO AL EMBAJADOR DE PISA